

Habiendo cambiado los intereses, modificáronse igualmente las doctrinas. Al principio del reinado muchos habían vislumbrado un régimen de privilegios, y hasta lo habían disfrutado, aunque á pequeñas dosis. Desvanecida aquella esperanza, la consigna consistió en desdenar lo que no habían podido obtener y alabar la vuelta al derecho común. Dos años antes, uno de los católicos liberales más notables, el príncipe Alberto de Broglie, había publicado los últimos volúmenes de una *Historia de la Iglesia en el siglo IV*, es decir, en tiempo de Constantino y de Juliano. La obra, concebida bajo la más alta inspiración, se cernía muy por cima de la política corriente. Resultó, sin embargo, que el libro encontró una especie de actualidad que no había buscado. Al público le impresionó lo caprichoso, lo despótico y lo intermitente de la protección de los príncipes, aunque fuese la de un Constantino; y de todas las enseñanzas de la obra, ésta fué la que retuvo.

Avanzando por la nueva senda, los católicos cuidaron mucho de evitar toda palabra que pudiese alarmar. Procuraron encontrar fórmulas suaves, hacer su elección entre las diferentes libertades, encomiando únicamente las menos comprometedoras y disfrazándolas con el nombre de franquicias (franquicias municipales y franquicias provinciales); y se decían menos demócratas que liberales y menos liberales que descentralizadores. En 1861, un grupo de hombres notables, casi todos cristianos, fundaron en Nancy, con el nombre de *Varia*, una revista destinada á predicar la libertad, pero bajo la forma de emancipación local, de reconstrucción provincial, de guerra al cesarismo autoritario y al despotismo administrativo. Este programa, muy tranquilizador para el orden, parecía á propósito para atraer al partido religioso; encontró otras aprobaciones, la más considerable de las cuales fué la de Guizot. Mucho más tarde siguieron toda clase de adhesiones, procedentes de hombres de todos los partidos, como Barrot, Darú, Larcy, Falloux, Montalembert, Julio Simón y Julio Ferry. Los católicos ocupaban su puesto no ya en la extrema derecha del poder, sino en la extrema derecha de la oposición. El frente de la batalla era más extenso que sólido, y estaba lleno de huecos por los cuales el gobierno se podía insinuar. Aquella liga tenía por órganos habituales la *Gazette de France*, el *Courrier du dimanche*, el *Correspondant*, y por aliado accidental, los *Débates* y hasta el *Temps*. En cambio la coalición se detenía en las oficinas del *Siècle*. Allí se alzaba la más impracticable de las barreras: para el *Siècle* el clericalismo era el enemigo, y se había acostumbrado á practicar el precepto mucho antes de que otros lo formularan como máxima.

Acostumbrado á manejar masas dóciles, el gobierno soportaba con extremada impaciencia aquella pequeña guerra que se manifestaba mucho más por medio de tendencias que por medio de actos positivos. Si se hubiese encontrado enfrente de una oposición abierta, la hubiera destruido. Aquella hostilidad negativa y, sin embargo, tan embarazosa como tenaz, lo desconcertaba. Se indignaba contra los católicos y mucho más todavía contra los *hombres de los antiguos partidos*. En tal disposición rencorosa y malhumorada, se desquitaba á veces en triquiñuelas de detalle de la libertad acabada de conceder.

En la primavera de 1861 se le había antojado resucitar uno de los procederes más dictatoriales del primer Imperio, á saber, el *embargo administrativo*. La teoría era mala y la aplicación fué peor. En el barrio de San Germán vivía retirado uno de los antiguos ministros de Luis Felipe, el viejo duque de Broglie: nadie le superaba en elevación de espíritu, en dignidad de carácter y en austeridad de vida. Con el título de *Vues sur le gouvernement de la France*, había reunido en un folleto el fruto de sus meditaciones políticas. La obra no se había puesto en venta: había sido solamente litografiada y de ella se habían tirado muy pocos ejemplares. De resultas de la carta del duque de Aumale, una circular de Persigny había recomendado que se evitase toda introducción de impresos ó escritos procedentes de los príncipes desterrados. En el ministerio del Interior se juzgó que la prescripción, dictada para los príncipes, podía hacerse ventajosamente extensiva á sus amigos. Practicóse un registro y la tirada litográfica fué secuestrada. Las consecuencias de esta medida fueron curiosas. Se produjo una doble instancia: una del ministerio público contra el duque de Broglie por infracción de las leyes de imprenta, y otra del duque de Broglie contra el prefecto de policía para la restitución de los ejemplares ilegalmente secuestrados. Como la solicitud más atenta no podía descubrir delito alguno, intervino un mandamiento de no ha lugar. Por su parte, el duque de Broglie retiró su demanda. Cuando hubo que devolver los ejemplares fué grande la dificultad, pues el escrito faccioso había sido propagado por los mismos encargados de prohibirlo.

Estas pequeñeces no merecerían ser contadas si no pintasen las disposiciones de las autoridades oficiales, indecisas entre el régimen de opresión y el de libertad y torpes en la práctica de uno y otro. En la época misma en que se organizaban esas pequeñas vejaciones, el director de la prensa convocaba en el ministerio del Interior á los principales redactores de los periódicos, les prometía su benevolencia y les invitaba á marchar con toda seguridad por una vía algo más amplia. El aviso era recibido con más aparente deferencia que agradecimiento, y los periódicos sólo procuraban abrir de par en par la puerta entreabierta. Suscitaban toda clase de cuestiones de detalle, para atacar al fin, con una mezcla de osadía y temor, el decreto de 1852, esa arca santa del Imperio autoritario. Como se prometía la libertad á la moda inglesa para el día en que los partidos hubiesen depuesto las armas, Prevost-Paradol replicaba: «Pero ¿cuándo quedará afianzada la casa de Hanóver (1)?» Esta sátira desdeñosa, estas crecientes osadías exasperaban al gobierno, el cual, creyendo que se le pagaba con la ingratitud, volvía bruscamente á las antiguas prácticas. El paso atrás lo señalaban notas del *Monitor* afirmando la legislación existente, y sobre todo la reproducción de *comunicados* y *apercebimientos* distribuidos un poco al azar.

En todas las épocas del reinado, uno de los procedimientos más habituales del gobierno imperial había sido el de asegurarse contra la hostilidad de las clases elevadas haciéndose solidario con las clases populares. A todo el que hablaba con demasiada obstinación de

(1) *Journal des Débats*, 25 de junio de 1861.

libertad, el emperador contestaba hablando de democracia ó reformas económicas. La diversión había surtido efecto siempre: ¿no era ahora más oportuna que nunca? En 14 de agosto, inaugurando el bulevar Malesherbes, Napoleón enumeró, en un discurso contestando al prefecto del Sena, todas las medidas proyectadas ó tomadas ya para mejorar la suerte de la clase más numerosa: iba á traerse el agua á París y á surtirse á precios menos elevados; los pequeños alquileres estaban exentos de impuestos; el comercio de la panadería y de la carnicería estaba mejor organizado; las escuelas, las iglesias, los establecimientos de beneficencia se habían multiplicado. Seguía otra promesa más seductora que todas las reformas pasadas. «Os recomiendo sobre todo, añadía el emperador, en el examen de vuestro presupuesto, que reduzcáis en lo posible los derechos que pesan sobre las materias de primera necesidad. Con eso obtendréis nuevos títulos á mi gratitud.»

Cuatro días después, la misma solicitud benévola que se había manifestado en favor de la población parisiense se hizo extensiva á las poblaciones rurales. En una carta al ministro del Interior el emperador proclamaba «que el mejoramiento de los campos es todavía más útil que la transformación de las ciudades.» Por consiguiente, invitaba al ministro á que pidiese al Cuerpo legislativo un crédito de 25 millones para la terminación de los caminos vecinales proyectados.

Supresión ó aligeramiento de derechos de consumos en las ciudades, caminos á profusión á través de los campos, ¡qué perspectiva de bienestar para las familias obreras! ¡qué fuente de prosperidad para las explotaciones rurales! Napoleón se inclinaba al bien por natural bondad, y, sin embargo, hubiérase dicho que lo hacía por cálculo, de tal modo lo hacía con provecho. ¿Qué oposición podía sostenerse ante tal abundancia de promesas? ¡Cuán pálidos no aparecerían, al lado de tan felices realidades, los ideales de los legitimistas, que predicaban la descentralización; las especulaciones de los orleanistas, que preconizaban la libertad; las fastidiosas quejas de los clericales, compadecidos de las desgracias del papa!

Aquellos incidentes relegaban al último término las luchas religiosas; pero se reanimaban. Los católicos suscitaban toda clase de folletos y libros, y tan pronto salían á la defensa del Pontífice romano ó de su propio clero, como se atrevían á invadir el campo enemigo. De todos los ataques, uno de los más virulentos debióse á la pluma de un profesor de la Universidad, el Sr. de Laprade, quien, en versos llenos de indignación, condenó (1) las cobardías de la prensa oficiosa, siempre pronta á denunciar á los débiles y á acosar á los vencidos. Laprade, que era profesor de la Facultad de Letras de Lyon, fué ruidosamente destituido en castigo de su audacia. Pero las severidades eran tan ineficaces como la indulgencia para restablecer la paz.

En el gobierno había tres ministros encargados de defender á la sociedad civil contra las usurpaciones clericales: el ministro del Interior, que ejercía por medio de los prefectos una especie de vigilancia general; el guardasellos, armado del Código penal que tenía suspendido sobre los curas más recalcitrantes, y el ministro de

(1) *Muses d'Etat*.

Cultos, que ejercía una celosa inspección sobre todo lo que afectaba á la gestión de las obras, á los donativos hechos á las iglesias ó á los presupuestos del culto y clero. La política religiosa ofrecía en 1861 la imagen invertida de la política de 1852. En 1852, la benevolencia oficial respecto al clero se había traducido en favores bastante modestos en el fondo, pero envueltos en fórmulas confiantes ó respetuosas que encantaban. En 1861, la malevolencia se resumía en severidades no muy terribles, pero agravadas con harta frecuencia por palabras ofensivas y sobre todo por un perpetuo reproche de ingratitud. En sus comunicaciones á los curas ó á los obispos, los representantes del gobierno no dejaban nunca de insistir sobre el gran interés que tenía la Iglesia en no separarse del Imperio. ¿Qué iba á ser de ella si Napoleón le retiraba su mano protectora? Esta comiseración, ligeramente insultante, exasperaba á los católicos, á quienes indignaba el tener que pasar por protegidos cuando se les vigilaba por sospechosos.

Donde estallaban con más violencia los disentimientos era en provincias, y de todas las diócesis la más agitada era la de Poitiers. Allí, el palacio episcopal y la prefectura se alzaban como dos casas enemigas, y todo el que penetraba en una era irrevocablemente excomulgado en la otra. En esta lucha, que hacía ya dos años que duraba, el obispo tenía ventajas tan considerables como el apoyo moral de sus diocesanos más notables, un perfecto conocimiento del país y un espíritu muy flexible, á la vez dispuesto á todas las vehemencias del púlpito y á todos los epigramas de los salones. La prefectura tuvo, sin embargo, su día de revancha y el obispo su día de confusión. Aquel día, todos los funcionarios de Poitiers y de toda Francia se recogieron al leer *La Gaceta de los Tribunales*, que fué, sin saberlo, más maliciosa que el más ingenioso de los libelos. Ello fué una mixtificación memorable.

Al día siguiente de Castelfidardo, monseñor Pie había hecho en el púlpito el elogio de los jóvenes del Poitou que habían muerto por el papado, proclamándolos mártires de la Iglesia y del derecho. Terminada la ceremonia, se cayó en la cuenta de que uno de los muertos no había participado de los elogios: no era éste ningún señor, sino un hijo del pueblo; era oriundo de Guingamp, pero había contraído en Poitiers el compromiso que lo ligó al ejército pontificio. Llamábase Gicquel. Según decían, había sucumbido gloriosamente en la batalla. Las jóvenes é interesantes víctimas que el obispo había glorificado pertenecían casi todas á la aristocracia de la provincia: hacer el elogio de Gicquel, del obrero Gicquel, pareció cosa muy oportuna. Sin más averiguaciones, preparáronse en Santa Radegunda unos funerales para el 30 de octubre. Aquel día, toda la sociedad de Poitiers acudió al antiguo templo y, en medio de todas las honras cristianas, monseñor Pie pronunció el panegírico. El elogio no tuvo límites. El prelado exaltó en Gicquel «un hijo de la Breña católica y monárquica.» Ponderó su rectitud, su pureza de costumbres, su apego á la religión, su delicadeza, cuya delicadeza era tal que, para pagar las deudas de su padre, el muchacho había vendido su patrimonio. No habló en términos menos laudatorios del soldado, y le prometió una tumba en nombre de la ciudad de Poitiers. Aun no se había empezado el monumento, cuando circuló una no-

ticia desconcertadora. Para merecer una oración fúnebre es necesario haber muerto, y Gicquel pertenecía aún al mundo de los vivos. No solamente vivía, sino que no había sido herido y, lo que es más, no había asistido sino de muy lejos á la batalla. El hijo de «la Bretaña católica y monárquica» había nacido de un padre despreciable, y él no era más que un vagabundo. Su principal industria era recorrer las rectorías: decía que era protestante, pero atormentado por la duda, suplicaba que le enseñasen el Catecismo, haciéndose albergar con tal pretexto. ¿Cuántas veces había sido bautizado? No se pudo averiguar. Hallándose en Poitiers, oyó hablar de alistamientos para el ejército del papa, manifestó el celo más exaltado, se alistó, se hizo bendecir por el obispo y, después de haber cobrado su prima, se la gastó con mujeres públicas. En Roma su conducta fué tan reprehensible que se tuvo el propósito de formarle consejo de guerra. Las autoridades fueron indulgentes con él—á causa, al parecer, de su necedad—y se contentaron con expulsarlo del ejército. Su «necedad» no era tal que él no hubiese concebido en seguida el arte de explotar el heroísmo de los demás. Después de Castelfidardo regresó á Francia, donde se le tenía por muerto. No había muerto, pero, al decir de él, poco había faltado. No cesaba de hablar de cierta herida, que tan pronto colocaba en la pierna como en el costado, diciendo que le hacía sufrir horriblemente. Relataba de mil modos los acontecimientos de Castelfidardo, ensalzando el piadoso heroísmo de sus compañeros de armas. ¿Quién no hubiera socorrido á semejante defensor de la Iglesia? En sus días de ambición Gicquel hablaba mucho de Lamoricière, insinuando que había sido ayudante de este general. La odisea tuvo el fin que había de tener. En 26 de octubre de 1861, el estafador compareció ante el tribunal correccional de Laval. Pero si éste sentóse en el banquillo de los acusados, el obispo de Poitiers estuvo en *berlina*. El fiscal, doblemente contento de su triunfo y de agradar al gobierno, leyó íntegramente el panegírico del año anterior y dejó que los jueces establecieran la comparación entre el retrato y el original (1). Lo enconado de la lucha excusaba esa pequeña venganza. Lo publicado por la *Gazette des Tribunaux* lo reprodujeron con sabrosos comentarios los periódicos oficiosos.

El percance era gordo; sin embargo, no hizo perder á monseñor Pie nada del prestigio é influencia de que gozaba en Poitiers. Dominaba á sus diocesanos, que le respetaban y admiraban mucho, sin poder creer que su gran obispo hubiese cometido ligereza ni imprudencia alguna. Continuó la rivalidad, sin más ventaja para la autoridad civil que aquel pasajero triunfo. El gobierno no sabía cómo vencer ó desacreditar al terrible adversario. Las severidades administrativas eran ineficaces, y en cuanto á las demás, el prelado era demasiado listo para exponerse á ellas. En busca de represalias, el ministerio de cultos imaginó dividir la diócesis en dos, con el pretexto de que se extendía á dos departamentos, pero el proyecto fué luego abandonado como inútilmente vejatorio. «Se reducirá la diócesis, decían los más sensatos; pero ¿no es de temer que demos mayor grandeza al obispo (2)?»

(1) Véase *Gazette des Tribunaux*, 30 de octubre de 1861.

(2) Baunard, *Vie du cardinal Pie*, tomo II, pág. 154.

## II

Las triquiñuelas de detalle prolongaban el desacuerdo entre los dos poderes. Aquel mismo año de 1861, á fines de otoño, el gobierno tomó una medida mucho más grave, medida que fué una de las más sensibles y menos justificadas del reinado.

En 1833, ocho estudiantes del barrio Latino, en un bello arranque de piadoso celo, se habían juntado para visitar á los pobres, poniendo su asociación bajo el patronato de San Vicente de Paúl. Uno de ellos era Ozanam, que se consagró á la naciente obra, encarnándola en sí. Los principios fueron modestos y mediocrementemente estimulados, pues el clero se mostraba más sorprendido que entusiasmado. Un hombre de bien, el Sr. Bailly, presidió la primera organización. Una religiosa del barrio, sor Rosalía, proporcionó los consejos de su experiencia é indicó las familias á socorrer. Dios bendijo aquella inspiración de la juventud, de la caridad y de la fe. La sociedad de *San Vicente de Paúl*, como se acostumbró llamarla, se desarrolló en París, propagóse luego en provincias y, finalmente, se extendió por todo el mundo. El número de conferencias era de 339 en 1848, de 878 en 1852 y de 3.406 en 1861. Fué la más pura y santa de las creaciones del siglo XIX. A la obra fundamental de la visita de pobres á domicilio se agregaron toda clase de obras similares, como patronatos de aprendices, cocinas económicas, bibliotecas, casamientos de indigentes, asistencia médica, vestuario, caja de alquileres... Las abnegaciones crecieron proporcionalmente á la misión ampliada, y renováronse los recursos cuando se creían agotados. La religión fundó la sociedad y continuó siendo su guardiana. La institución supo evitar á la vez dos peligros: el de caer en la simple filantropía y el de practicar la caridad exclusiva. Nunca ocultó su símbolo, pero tampoco lo impuso jamás. Como la obra tomaba extensión, hubo necesidad de constituir una jerarquía que mantuviese sus tradiciones y asegurase su perpetuidad. Créose en París un consejo general que dirigió la sociedad entera, con el concurso de consejos centrales instalados en las provincias, consejos particulares y grupos de conferencias. Así se establecieron lazos de subordinación, pero voluntarios y que habían de fortalecer el espíritu de confraternidad general sin poner trabas al funcionamiento de cada cofradía. Difícil hubiera sido negar que semejante organización cuadraba mal con el rigor de las leyes sobre las asociaciones. Muy penetrados del peligro, los fundadores procuraron evitarlo. Juzgaron que la mayor de las habilidades sería una franqueza que no ocultase nada. «Nuestras obras, solían decir, han de ser obscuras, pero no secretas; discretas, pero no ocultas.» Nada se ocultó, en efecto, ni los nombres de los socios, ni el sitio ú horas de las sesiones, ni las listas de las familias visitadas; y la autoridad pudo fiscalizarlo todo á su antojo. Las deliberaciones fueron consignadas en actas y éstas se imprimieron. Durante las grandes calamidades públicas, las sociedades de San Vicente de Paúl ofrecieron sin regatear el concurso de su abnegación. Al día siguiente de la insurrección de junio, el barrio más desolado por el motín y el más castigado por el paro del trabajo, era el de San Marcelo. El alcalde del distrito, doctor Trelat, fué á encontrar al Sr. de Melun y le dijo:

«A los infelices que hasta hoy no han conocido más que los rigores de la represión, quisiera enviarles, en vez de gendarmes, hombres de bien que distribuyan socorros. Vuestros cofrades de San Vicente de Paúl ¿aceptarían esta misión?» No sólo fué aceptado el ofrecimiento, sino que aquella misión penosa, antipática y peligrosa tal vez á causa de la disposición de los ánimos, fué solicitada como en otro terreno lo son los honores. Así, en las grandes crisis, el deber de la caridad se confundía con el deber cívico. Generalmente el papel de las conferencias era más modesto y se limitaba á socorrer á los pobres humildemente, fuera de toda mira humana. Y de las cosas humanas la más temible y la única odiosa era la política. Esta no sólo era prosrita, sino tratada además como enemiga. El reglamento, las circulares y el uso se unían para prohibirla (1). La asociación contaba entre sus miembros muchos católicos adictos al Imperio, muchos hombres pertenecientes á los antiguos partidos y muchos funcionarios, de modo que toda infracción de la regla hubiera sido disolución ó desgarramiento. La obligación de la neutralidad, todo la prescribía, todo la imponía, todo la recordaba, hasta la plegaria tradicional que terminaba cada sesión y que pedía humildemente á Dios que «las obras de la asociación estuviesen siempre desligadas de los intereses de la tierra.» Tal se presentó en su origen y tal era todavía en 1861 la *Sociedad de San Vicente de Paúl*.

El Sr. de Persigny desempeñaba entonces la cartera del Interior. Era un personaje de íntegra probidad, adicto al emperador y capaz de servirlo sin adularlo. Pero era de espíritu fantástico y de juicio inseguro. Ya en 1852 y 1854, siendo también ministro del Interior, le eran sospechosas las sociedades de San Vicente de Paúl, que creía hostiles al Imperio: no ponía en duda la sensatez del consejo general, pero decía que en provincias los *beatos* eran explotados por los *hábiles*. En 4 de mayo de 1854, después de una entrevista con Persigny, el Sr. de Melun escribió al Sr. de Falloux: «Creo que harán bien en no poner al frente de las conferencias sino á hombres sin color político bien marcado.» Varias diligencias practicadas cerca del emperador, particularmente por monseñor Parisi y por el Sr. de la Tour, diputado muy adicto al partido religioso, habían refrenado aquel principio de malevolencia (2). Transcurridos varios años sin nuevas alarmas, la cuestión romana hizo recaer sospechas sobre los católicos. En medio de tales complicaciones, el Sr. de Persigny volvió á entrar en el ministerio. Para él los últimos incidentes eran la justificación de sus sospechas. El *Sicle* no cesaba de estimular la vigilancia del poder, recordaba las leyes sobre las asociaciones y pedía que fuesen aplicadas sin contemplación alguna. El síntoma más grave era el lenguaje de ciertos periódicos que, en forma algo más suave, manifestaban igual deseo. Muy preocupado por estas acusaciones que respondían á sus ideas personales, el ministro procuraba reunir los cargos que autorizarían sus rigores. Pero esos cargos eran muy insignificantes, y aun agrupándolos, formaban una trama muy

(1) Véase el Reglamento del mes de diciembre de 1835 y circulares de 11 de junio y 13 de agosto de 1844 (*Manuel des Sociétés de Saint-Vincent de Paul*, págs. 33, 35, 305, 317-318).

(2) Véase *Vie d'Adolphe Baudouin* por el P. Schall, páginas 380-382.

poco sólida. Compulsando los informes antiguos ó recientes de la política, á lo sumo se podían entresacar dos ó tres hechos: un día, en cierta *tómbola* organizada por las conferencias, había figurado en sitio de preferencia el busto del conde de Chambord; citábase también una conferencia que, en ocasión semejante, se había negado á pedir un lote á la emperatriz; finalmente, ciertos prefectos, súbitamente movidos á solicitud por los intereses eclesiásticos, se quejaban de que las limosnas de los fieles, en vez de ir al clero parroquial, fuesen absorbidas por una cofradía puramente laica. En 27 de septiembre de 1861 celebróse en Lusignán, pueblo del Poitou, una reunión regional de conferencias. Los periódicos antirreligiosos, ávidos de un pretexto, denunciaron en seguida lo que llamaban un *vandeado renaciente*. Todo contribuía á que la denuncia fuese escuchada: la asamblea, excepcionalmente numerosa, se había compuesto de más de 150 miembros, pertenecientes á treinta y dos conferencias; la reunión había sido presidida por monseñor Cousseau, obispo de Angulema, prelado muy ultramontano; Lusignán, en fin, dependía de la diócesis de Poitiers, gobernada por monseñor Pie. Muy inquietos, los católicos empezaron á temer que las amenazas, vagas hasta entonces, estuviesen muy próximas á ser ejecutadas. El Sr. de Falloux y el Sr. de Melun, antiguos colegas del ministro en la Asamblea legislativa, intervinieron sucesivamente cerca de él, defendiendo con calor la causa que tan simpática les era. Falloux salió de la entrevista con la esperanza de que podría evitarse la tormenta. El Sr. de Melun, por el contrario, no ocultó que acababa de ser muy mal recibido. ¿Cuál de los dos veía más claro? Los católicos no tardaron en saberlo.

El 18 de octubre de 1861 se publicó una circular que justificaba el optimismo del Sr. de Falloux y las aprensiones del Sr. de Melun. Todas las consideraciones que el Sr. de Falloux había desarrollado, las repetía el señor de Persigny con tantos elogios que parecía que los católicos no tenían nada que temer, como no fuese en su modestia. A juzgar por lo que decía el ministro, las conferencias de San Vicente de Paúl «perseguían con notable celo un fin que nunca sería bastante alabado.» «Se recomendaban por sus virtudes al público respeto.» «Personificaban la beneficencia dando la mano á la religión.» «Contribuían á mantener en las clases elevadas todo un orden de sentimientos generosos, haciendo comprender á los hombres acaudalados y ociosos la misión del rico en medio de los que sufren.» A este certificado de abnegación el ministro añadía un certificado de civismo. «El espíritu de esas sociedades, continuaba, parece extraño de por sí á las preocupaciones políticas; pues, formadas de hombres religiosos que pertenecen indistintamente á todos los partidos, cuentan en su seno un gran número de funcionarios públicos y amigos leales del gobierno.»

El Sr. de Persigny no era hombre que firmase una circular sin imprimirle su sello. El ministro continuaba estableciendo un paralelo que no podía haberle inspirado nadie. Espíritu original é investigador, había descubierto que nada se parecía tanto á la sociedad de San Vicente de Paúl como la francmasonería. El paralelo se desarrollaba con ingeniosas apreciaciones, sin que nadie pudiese saber hacia dónde se inclinaban las prefe-